This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Span 5817.8.31

Harvard College
Library

FROM THE BEQUEST OF
FRANCIS BROWN HAYES
Class of 1839
OF LEXINGTON, MASSACHUSETTS

Mujeres del Evangelio.

Arch. 8: 1: 57 P. 5

MUJERES DEL EVANGELIO.

MUJERES

DEL

EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

POR LARMIG,

CON PRÓLOGO

DE DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

MADRID,
EDITORES.—A. DE CÁRLOS É HIJO,
calle de Carretas, 12, principal.
1873.

Harvard College Library
Aug. 2, 1920
Hayes Fund

Span 5817. 8.31

Imp. de M. Rivadeneyra. Duque de Osuna, 3.

PRÓLOGO.

Enmedio del confuso clamoreo que desgraciadamente levantan en España las pasiones políticas, sociales y religiosas, cuya violencia, ó más bien, cuyo vértigo todo lo envuelve y atropella, instituciones, tradiciones, leyes, usos y costumbres, aparecen en la arena literaria las *Mujeres del Evangelio.* ¿Es este libro una protesta, una aspiracion, ó un gemido? No lo sé; pero cuando por todas partes se oye el trabajo de zapa de las ideas demoledoras que minan los fundamentos antiguos de la sociedad española; cuando el polvo de las ruinas que de dia en dia se amontonan en este ardiente campo de batalla ciega nuestros ojos y oscurece nuestra inteligencia; cuando resuenan en nuestros oidos gritos fatídicos y desconsoladores; cuando la incredulidad avanza como la corriente desbordada de una inundacion; cuando los dioses y los reyes se van, hay en este libro, lleno de poesía verdadera, y escrito bajo la inspiracion sublime del Evangelio, algo que contrasta con el tumulto arrollador y la agitacion devoradora de estos tiempos perturbados y calamitosos. Edificar cuando tantos destruyen; acordarse de Dios cuando tantos le olvidan; buscar en las purísimas

fuentes de la religion ejemplos y símbolos contra la fria impiedad que invade el cuerpo social á modo de gangrena, es empresa digna de aplauso, que revela un alma noble y honrada; es ponerse generosamente en contra de la fuerza que mata y al lado de los sentimientos que vacilan, no esquivando la lucha, y queriendo salvar del general naufragio el sagrado depósito de nuestras creencias amenazadas.

El esfuerzo es propio de un gran poeta, y Larmig, ó mejor dicho, el escritor que se oculta modestamente bajo este singular seudónimo, lo es de gran valía. Hoy se revela al público; pero hace mucho tiempo que yo lo sabía. Permítaseme recordar una época lejana, que tiene para mí, y de seguro tiene tambien para Larmig, melancólicos encantos. Eramos casi niños; estábamos en esa edad de la vida en que se despiertan los deseos, como los gérmenes en el surco, sin forma, sin color, y en que las realidades del mundo se presentan á nuestros ojos confusamente, ocultando sus dolores y miserias. Todas las tardes acudíamos á casa de Larmig cuatro adolescentes unidos por el doble vínculo de la amistad y de la poesía: él, Agustin Bonnat, Cárlos Rubio y yo. Leíamos, escribíamos y soñábamos juntos, sin que la más leve sombra enturbiase el vastísimo horizonte que abrian á nuestras aspiraciones juveniles la ilusion y la fantasía, entónces nuestras inseparables compañeras; nos consultábamos mutuamente nuestros tímidos ensayos literarios, animándonos y fortaleciéndonos con fraternal cariño; íbamos por el mismo camino, y creíamos en la gloria humana. ¡Ay! de los cuatro que nos reuníamos, dos han muerto ya prematuramente; el pobre Agustin Bonnat, que encubria bajo una forma ligera profundo espíritu de ob-

servacion, y Cárlos Rubio, que cortando las alas á su poesía, se entregó sin reserva á las agitaciones febriles de la política, para morir abrumado en lo mejor de su edad por el cansancio y la desesperacion de la vida. Más de un año duraron nuestras diarias conferencias; despues el curso natural de los sucesos nos empujó por sendas diferentes: Larmig, á consecuencia de desgracias de familia, arrinconó su lira, y marchó á Inglaterra para emplear su actividad en más prosaicas, aunque más provechosas tareas; Bonnat entró en una oficina del Estado, y Cárlos Rubio y yo nos lanzamos á la arena candente del periodismo. Pero en la breve y feliz época de nuestras reuniones, nos fué permitido apreciar—aunque yo sólo pueda ya decirlo—el estro, la inspiracion elevada, el vigoroso sentimiento poético que ardia en el alma de Larmig, y que prometia seguros triunfos á su musa. Este convencimiento que de sus fuerzas abrigábamos explicará la pena con que entónces le vimos enmudecer, y la alegría que hoy siento ante la aparicion de las *Mujeres del Evangelio*, de estos dulcísimos cantos con que reanuda su interrumpida carrera literaria un poeta que yo habia creido muerto, y que en realidad sólo ha estado dormido.

Podria sospecharse quizás que la amistad, esa amistad contraida en los primeros años, tan difícil de romper y de olvidar, me hace juzgar apasionadamente las poesías de Larmig; pero contra esta sospecha opongo como defensa el juicio público, á quien ciertamente no puede acusarse de parcialidad, y que ántes que yo ha anticipado su fallo favorable. Á pesar de que los tiempos que alcanzamos, tan revueltos y descreidos, no son los más propicios para que la voz de la poesía

pueda sobreponerse á la desordenada gritería de nuestras intestinas discordias, es un hecho que la publicacion parcial de algunos de los cantos de esta coleccion ha producido en la esfera literaria un efecto tan inesperado como profundo. La prensa, haciéndose eco de esa impresion cada vez más viva, ha consagrado á estas poesías aisladas una atencion preferente: *El Debate*, *La Época*, *El Diario Español*, *El Eco de España*, *La Constitucion* y otros periódicos, cuyos títulos omito por no pecar de prolijo, han publicado, no una, sino várias veces, largas y meditadas críticas, celebrando el mérito de estos poemas, cuya trascendencia moral, engrandecida, por decirlo así, con la belleza de una forma pura, castiza, correcta y elegante, se ha impuesto á la turbulencia ruidosa de nuestras agitaciones políticas.

Y se ha impuesto, porque, como he tenido ocasion de manifestar al principio, las *Mujeres del Evangelio* son algo más que una obra literaria, algo más que la brillante explosion de una imaginacion poética; son un libro de combate, una protesta, una queja contra ese viento tempestuoso, que pasa sobre la tierra removida de Europa, derribando tronos, altares, tradiciones, sentimientos y creencias. Las *Mujeres del Evangelio* hablan á la inteligencia y al corazon, porque á la vez que tienden á reavivar la fe religiosa como elemento social, en estos tiempos llenos de incertidumbres y dudas en que tan rudos golpes se le asestan, hacen vibrar las cuerdas del sentimiento femenino, de esa grandiosa arpa humana, donde todas las ternuras y todos los dolores, todas las grandezas y todas las caidas encuentran su himno ó su lamento.

Desde el cariño maternal que halla en MARÍA su expresion

más sublime, hasta la purificacion de la pecadora MAGDALENA por el amor y el arrepentimiento; desde la caridad inagotable de BERENICE, piadoso y purísimo símbolo de la mujer valerosa, que, animada por el espíritu de Dios consuela y cura en los hospitales, asilos y campos de batalla las enfermedades del alma y del cuerpo, hasta la creyente virtud de MARTA, que arranca del sepulcro á Lázaro, reanima su hogar, y revela que la fe no sólo puede mover las montañas, sino resucitar los muertos; desde la intuicion generosa de la SAMARITANA, que adivina y comprende por el sentimiento las más nobles y elevadas verdades, confusas y veladas quizás para los entendimientos superiores, hasta las interminables angustias de la MUJER ADÚLTERA, librada del suplicio, pero no rehabilitada ni en paz consu conciencia; todos los misterios del corazon, todas sus alegrías, todas sus penas, todas sus aspiraciones, todos sus castigos tienen en estos poemas su voz, su nota, su gemido y sus lágrimas. Larmig debe estar satisfecho de su obra, donde se expone el influjo eterno de la idea, ó mejor dicho, del sentimiento cristiano sobre la vida humana, y resalta el íntimo enlace, la conexion nunca interrumpida que existe entre la tierra y el cielo; entre el alma que goza, sufre y aspira, y el Dios que la ha criado, poniendo como límite á las miserias del mundo la inefable esperanza de lo desconocido, que empieza en la hora suprema de la agonía.

Sobre la forma con que Larmig ha sabido revestir sus poéticas inspiraciones, todo cuanto dijera sería poco. Lo que bien se siente, bien se expresa. Hay en estos cantos una sencillez clásica, una elevacion de conceptos, un gusto tan exquisito; están de tal modo ajustados al asunto que tratan y

dentro de la creencia que los inspira, que se explica naturalmente la honda impresion que en el público literario han causado. Ninguna imágen violenta los disloca, ningun giro vicioso ú oscuro los desluce; son majestuosos, persuasivos, insinuantes, como la doctrina que los vivifica, y se creeria, al leerlos, si no supiéramos que el autor vive entre nosotros, que estaban escritos por algun poeta de nuestro siglo de oro; tanto es lo que se aparta de las libertades y licencias que han introducido en nuestra literatura el influjo de extraños autores y la corrupcion del lenguaje: esa corrupcion que se ensancha con pena, pero sin sorpresa de los que atentamente la ven infiltrarse en nuestro idioma, porque demasiado comprenden que no habia de permanecer puro, firme é incólume el más poderoso instrumento de la inteligencia, cuando todo, en el órden moral, filosófico y político, se pervierte y derrumba.

Pinta Larmig á María en la hora del crepúsculo, cuando el sol va apagándose lentamente y el escaso resplandor de la luna empieza á iluminar las profundidades del cielo. Está sola al pié de la cruz, donde ha espirado su Hijo:

Lívida, demudada, macilenta,
Con ambos brazos á la cruz se anuda;
Viendo muerto á Jesus, y que ella alienta,
De la verdad de su desgracia duda.
Ya en lastimera voz su mal lamenta,
Ya el supremo dolor la deja muda!
¡ Cuál padece la Madre desolada,
Sin clavos y sin cruz crucificada!

Más adelante, en este mismo canto consagrado á la Madre del Redentor del mundo, á esa piadosa intercesora del linaje humano:

Amor que siempre acrece y nunca muere,
Lluvia que alegra el prado y no lo anega,
Mano que siempre cura y nunca hiere,

exclama inspirado el poeta, fijándose melancólicamente en las vanas felicidades de la tierra:

Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida;
Es ave cautelosa que no vuela,
Sino en alta region desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamás olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

¡Con qué ternura expresa el poeta los encontrados sentimientos que embargan el corazón de Magdalena, cuando tocada por el amor divino, y pesarosa de los desórdenes de su pasada vida, arroja léjos de sí las galas, que son sus pecados, y se ruboriza por vez primera de su desnudez física y moral!

¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estremece,
Y el aire triste que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su agitada historia
Los recuerdos livianos,
Rasga el bello cendal que la engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana,
El seno encubre con entrambas manos.

Para demostrar la insuficiencia de las vanidades del mundo, de la gloria del sabio, del guerrero y del poeta, que en último resultado no puede apartar del hombre la desdicha á que su

pecado original, su primitiva caida, le condenan en este valle de lágrimas, se vale Larmig de una comparacion tan vigorosa como exacta:

Así los rios en veloz carrera
Sus linfas llevan á la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.

Larmig describe tan bien como siente. ¡Qué cuadro tan conmovedor el de Berenice, cuando atraida por el rumor de la muchedumbre que corre ansiosa á presenciar el suplicio del Redentor,

Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
Ve á Jesus á su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
Y en ella fijos los inmobles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen!

Estos cuatro últimos versos constituyen por sí solos todo un poema.

Como dechado de entonacion lírica y de riqueza de imágenes, no puedo resistir á la tentacion de trascribir las palabras con que Jesus anuncia á San Juan sus altos destinos y la concepcion maravillosa del *Apocalípsis*:

Óyeme, Juan:—Mi Padre te destina,
Del humano linaje para gloria,
Á escribir inspirado mi doctrina,
Siguiendo fiel las huellas de mi historia.
Del cerco de la tierra arrebatado
Tu espíritu á regiones inmortales,
Evocará las sombras del pasado,
Y aspirarás las auras germinales

Que en el *principio* á la materia inerte
Arrancaron del sueño de la muerte.
  En gigantesco y portentoso vuelo
Atravesando siglos á millares,
Y de lo porvenir rasgando el velo,
Verás el dia de esperanza y duelo
En que luchen los altos luminares,
Incendiando los términos del cielo.
  Ávida nube sorberá los mares,
La máquina del orbe derrüida,
Rotos ya sus fortísimos cimientos,
Sin concierto, sin forma, denegrida,
Cual leve arista llevarán los vientos.

Nunca acabaria si fuera á citar todos los primores de pensamiento y estilo que esmaltan estas poesías, y ademas sería trabajo inútil, toda vez que los lectores tienen ocasion de apreciarlos por sí mismos. Por otra parte, tampoco es en su genuina significacion un juicio crítico el que escribo; fáltanme espacio, y quizás fuerzas para empresa tan difícil. Es más bien la expresion de las ideas que despierta en mí este libro, que en todo tiempo sería trabajo literario importante; pero que en las circunstancias presentes es tambien obra meritoria y honrada. En medio del trastorno general que conmueve las entrañas de nuestra sociedad, cuando todo vacila y cae con pavoroso estrépito, y no sabemos si se hundirá bajo nuestras plantas la tierra que pisamos, desquebrajada y rota; cuando las mismas sombras que nos espantan acaso nos impiden ver los abismos que nos cercan; cuando en todas las almas hay el presentimiento de la catástrofe, ¡bienaventurado el poeta que recoge nuestras creencias, alza su voz sobre el tumulto de las pasiones desencadenadas, y al ver que todo se estremece en torno suyo, que desde las alturas oficiales, es decir, des-

de las regiones en que se forja el rayo, se declara guerra mortal á las religiones positivas como contrarias al progreso, tiene valor para dirigir á esta generacion tan frenética como desgraciada el piadoso ruego que Virgilio pone en labios de Enéas fugitivo, sin hogar y sin patria:—*Diis sedem exiguam rogamus.* —Os pedimos un pobre asilo para nuestros dioses, que quizás no tendrán templo mañana.

G. Nuñez de Arce.

11 *de Marzo de* 1873.

MARÍA.

CANTO DEDICADO AL INSPIRADO POETA

Señor Don Ramon de Campoamor.

MARÍA.

I. Invocacion.—Pureza virginal.—*Ave María.*—Nacimiento de Jesus.—Amor materno.—Los sabios de Oriente.—Heródes.—Huida á Egipto.
II. Cristo.—Su predicacion.—Sus milagros.—El lábaro del Gólgota.
III. *Stabat Mater.*—Las tres coronas.—Símbolo del dolor.
IV. La *Asuncion.*
V. Plegaria.

I.

Rosa á la orilla del Jordan nacida,
Inmaculada vírgen de Judea,
Estrella de los cielos desprendida,
Aura del manso mar de Galilea,
Lirio del valle de perenne vida,
Luz que los ojos de Jehová recrea,
De la prole de Adan gala y encanto,
Madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

II.

El arpa dame del querub ardiente,
Que Reina del empíreo te proclama;
Dame que brille en mi abatida frente
De tu alma inspiracion la intensa llama;
Desvanece las nieblas de mi mente
Y en casto amor mi corazon inflama.
¡Qué invencible poder tendrá mi lira
Si la Madre de Dios mi canto inspira!

III.

Inspirado por tí, régio caudillo
En Covadonga alzó la cruz gloriosa,
El de Urbino copió del cielo el brillo,
Pulsó Lëon la cítara armoniosa;
Inspirado por tí, trazó Murillo
Su bella y lastimera *Dolorosa* (1),
Y al trasladar al lienzo tus enojos
Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

IV.

Yo el eco quiero ser de tu voz pura,
El alma que comparta tus pesares,
Plectro de oro que alabe tu dulzura
En plácidos y férvidos cantares,
Pedestal de tu angélica hermosura,
Incienso que se abrase en tus altares,
Césped que pise tu nevada planta,
Pecho que encienda tu mirada santa.

V.

Ni el oro acrisolado, ni el ligero
Copo de nieve, ni el arrullo blando
Del céfiro del alba lisonjero,
Ni el rocío azucenas coronando,
Ni de la infancia el sueño placentero,
Ni de tiernas palomas níveo bando,
Ni el diáfano cristal, ni el claro dia
Igualan la pureza de María.—

VI.

¿Qué misterioso sér los aires hiende,
Larga huella dejando luminosa?
Raudo hácia Nazarét el vuelo tiende
Y de María en la mansion reposa;
Lino sutil desde sus hombros pende
Que le envuelve cual nube vaporosa,
Y con doradas flores enguirnalda
Sus cabellos que flotan por la espalda.

VII.

«No soy, exclama, el ángel iracundo
»Que abrasa pueblos y predice males;
»Vengo á anunciar que el Redentor del mundo
»Se alberga en tus entrañas virginales.
»De la gracia de Dios raudal fecundo
»Desciende de las cumbres celestiales.
»María, gloria á tí. Del cielo amigo
»Soy el eco no más. Dios es contigo.»

VIII.

Dice, y traslada de su pura frente
Á la no ménos pura de María
La guirnalda que en cerco refulgente
Sus ondulantes hebras recogia,
Y esparciendo en redor profusamente
Esplendores, aromas y armonía,
En apacible y sosegado vuelo
El bello arcángel se devuelve al cielo.

IX.

El rostro ebúrneo de rubor cubierto
Escucha al ángel la mujer bendita,
Y empieza ya á sentir gérmen despierto
De ajena vida que su seno agita.
Para una flor contempla el sol abierto,
Claro sol que fecunda y no marchita,
Y que ella es esa flor, la flor preciada
De nuestro eden perdido trasplantada.

X.

Suspenden las divinas maravillas
Á la modesta Vírgen pudorosa,
Y en el suelo cayendo de rodillas,
Entornando sus párpados de rosa,
Con encendido fuego en las mejillas
Las manos cruza y dice temblorosa:
«Cúmplase ¡oh Dios! lo que benigno ofreces;
»Tu humilde sierva soy; tú me enalteces.»

XI.

Y pasan dias, y del polo helado
Baja entre densas nieblas el invierno,
Y en un pueblo escondido y apartado
Viene á la luz el Hijo del Eterno
En mísero portal, desamparado,
Sin más apoyo que el amor materno;
Que tan sólo al cariño de María
Dios el cuidado de Jesus confia.

XII.

Es el amor materno, amor del cielo,
Amor sin recompensa ni mudanza,
¡Cuántas horas de hiel y de desvelo
En premio de su afan la madre alcanza! —
Los que en desesperado desconsuelo
De nuestra alma negais la semejanza
Con el Dios de bondad, de todos Padre,
Recordad el amor de vuestra madre.

XIII.

Nueva estrella su luz al orbe envia
Y abrillanta el azul del firmamento
Para anunciar del Hijo de María
El ya profetizado nacimiento;
Sirve á tres sabios de certera guía
Que acuden á prestarle acatamiento
Desde remotos climas del Oriente,
Y adoran á Jesus humildemente.

XIV.

Temiendo Heródes la funesta suerte
Que le reservan implacables hados,
Si creciendo Jesus, con mano fuerte
Rompe su cetro y reina en sus Estados,
Manda que den inmerecida muerte
Sus dóciles y bárbaros soldados
Á cuantos niños en materno pecho
Encuentran dulce miel y suave lecho.

XV.

Al ver á los sicarios inhumanos,
La noble frente Palestina enluta;
María huyendo de sus viles manos
De Egipto emprende la penosa ruta;
Cruza desiertos, rios, montes, llanos,
Y ora se oculta en tenebrosa gruta,
Ora se pierde en desusada senda,
Llevando en brazos de su amor la prenda.

XVI.

Asustan su embargada fantasía
Los cantos de los hijos del desierto,
El silencio mortal de noche umbría,
Del árbol deshojado el tronco yerto,
La deslumbrante claridad del dia,
El mar que hierve en el lejano puerto...
Y en su contínuo afan apénas osa
Convertir hácia atras la vista ansiosa.

XVII.

Huella por fin su fugitiva planta
Las llanuras que inunda el fértil Nilo,
Y besa la abrasada arena santa
Del pueblo amigo que la presta asilo;
Con inmenso placer mira y la encanta
El rostro de Jesus bello y tranquilo,
Y su oprimido pecho acongojado
Respira ya sin torcedor cuidado.—

XVIII.

Crece el fruto que dieron tus entrañas
Cual árbol junto á márgen caudaloso.—
Abandona ciudades y cabañas
Para correr tras él el pueblo ansioso,
Siguiéndole á desiertos y montañas.—
En secular letargo vergonzoso
La humanidad yacía torpe y yerta,
Y de Cristo á la voz, jóven despierta.

XIX.

No se muestra con rayos encendidos,
Ni ciñendo á la sien laurel sangriento;
No quiere alucinar á los sentidos,
Sino en el corazon tomar asiento;
Á toda desventura presta oidos;
Embalsama el pesar su dulce acento.
Sus portentos ni asustan ni estremecen;
Sus milagros consuelan y enternecen (2).

XX.

Cristo, ni airado en Sinaí fulmina,
Ni en diluvio voraz anega el suelo,
Ni difunde el terror en Palestina;
De la sublime caridad modelo,
Con su ejemplo corona su doctrina,
Muere sobre la cruz, aplaca al cielo,
Y tremola del Gólgota en la peña
De la virtud la salvadora enseña.

XXI.

Y hora tras mí venid.—En el ocaso
El sol se va apagando lentamente,
Y de la luna el resplandor escaso
Entristece los campos del Oriente.
Hácia el Calvario enderezad el paso,
Silencio sepulcral hiela el ambiente;
Allí al pié de la cruz llora María
En pavorosa soledad sombría.

XXII.

Lívida, demudada y macilenta
Con ambos brazos á la cruz se anuda;
Viendo muerto á Jesus y que ella alienta,
De la verdad de su desgracia duda;
Ya en lastimera voz su mal lamenta,
Ya el supremo dolor la deja muda.
¡Cuál padece la madre desolada,
Sin clavos y sin cruz crucificada!...

XXIII.

La nègra sombra de la noche oscura
Ni tibio rayo de esperanza aclara;
El cáliz de la hiel tu labio apura,
Se pierde tu clamor, nadie te ampara...
¿No hay un querub en la celeste altura
Que le mueva el pesar que te acibara?
¿Cómo no se desgarra el firmamento
Al repetir el eco de tu acento?

XXIV.

¡Lloras! ¡madre infeliz! —¿No era bastante
Á redimir la culpa cometida,
En suplicio horroroso y humillante
Inmolar de Jesus la excelsa vida?
¿Para qué abrir con dardo penetrante
De tus dolores la profunda herida?
Ya derrocado de su sólio el vicio,
¿De qué sirve tu estéril sacrificio?

XXV.

El SÉR, por cuya mano poderosa
En alto pedestal te hallas alzada,
Quiso sin duda ver tu frente hermosa
Con tres santas coronas adornada:
De madre la diadema esplendorosa,
De vírgen la guirnalda inmaculada
Y la auréola inmortal, cándida y pura
De la no merecida desventura.

XXVI.

¡Ah! tú eres el dolor volando al cielo,
Bajel que boga en tormentosos mares.—
Tú sabes de la vida el desconsuelo,
Tú sabes, Madre, lo que son pesares.—
Es un valle de lágrimas el suelo,
Y el dolor debe estar en los altares (3).—
Sí, tú eres del dolor símbolo santo,
Y tú, al llorar, enalteciste el llanto.

XXVII.

Mas ya de rosicler hollando nubes,
Del orbe dejas la mezquina esfera,
Y circundan espléndidos querubes
Con estrellas tu ungida cabellera;
En sus alas al cielo rauda subes;
Tu llorado Jesus en él te espera,
Y la difícil puerta en el instante
Rueda sobre sus ejes de diamante.

XXVIII.

Allí en tablas de mármol esculpida
De tu martirio ves la amarga historia.
Al comenzar tu nueva y grata vida,
Con doblado placer canta la Gloria.
Mas no borre tu dicha indefinida
De tu terreno viaje la memoria,
Y no te olvides del que gime triste
En este valle donde tú gemiste.

XXIX.

Mira, Señora, que á tus piés me postro
Demandando piedad, que ya me abate
Desatado huracan, y en vano arrostro
Del Ponto bramador el recio embate.
Á mí convierte tu divino rostro,
Y lucirá la paz tras el combate;
Muévate mi dolor, dame el descanso,
Torna el revuelto mar en lago manso.

XXX.

Eres astro que alumbra y que no ciega,
Amor que siempre acrece y nunca muere,
Lluvia que alegra el prado y no lo anega,
Mano que siempre cura y nunca hiere.
El SEÑOR á tu ruego nada niega:
¿Qué se puede negar á quien se quiere?
Y pues tu labio cuanto pide alcanza,
Dame, si no la dicha, la esperanza.

XXXI.

Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida;
Es ave cautelosa que no vuela
Sino en alta region desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamás olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.

XXXII.

Y ¿qué fuera ese cielo prometido
Sin el encanto del amor dichoso?
Un desierto sin linde conocido,
Y cuanto más inménso más penoso,
Vasto templo con oro revestido,
Encerrando sepulcro silencioso;
Y es la pena mayor del negro averno
Eterna vida, sin amor eterno.

XXXIII.

Implorada deidad, Vírgen María;
Cual la ofrenda de Abel suba ligera
En vuelo fácil la plegaria mia
Al almo cielo, do el amor impera,
Y miéntras luce el suspirado dia
De abandonar la terrenal esfera,
No desampares al que gime triste
En este valle, donde tú gemiste.

MAGDALENA.

CANTO DEDICADO

AL SEÑOR DON ISIDORO MILLAS,

CÓNSUL GENERAL DE S. M. C. EN ALEJANDRÍA.

MAGDALENA.

I. Aspecto general de Judea.—Jerusalen.
II. Las Judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.
III. Sermon en el monte de Betsaida.
IV. Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.—Grandes angustias.
V. Jesus en casa de un fariseo.—La pecadora á los piés de Cristo.—Perdon de Magdalena.

I.

Venid á contemplar de la Judea
Los montes escarpados,
Los áridos desiertos abrasados,
Y del tranquilo mar de Galilea
Los bordes esmaltados
Con fragantes verjeles
De azucenas, de nardos y claveles.
Riega el Jordan undoso,

Rey de los rios raudo y caudaloso,
Extendidas y fértiles praderas,
Cuajadas de olivares,
De cedros seculares,
De altísimas y lánguidas palmeras.
De Samária subid á la colina,
De Tabor á la cumbre majestuosa;
Escuchad del Cedron la tormentosa
Corriente cristalina
Rompiéndose en arroyos y cascadas;
Bajad de Getsemáni al huerto ameno,
De jugosas granadas
Y perfumados terebintos lleno.
Mas el paso tened: la amarillenta,
La Muerta Mar por el Oriente asoma,
Laguna macilenta,
Que cubre el llano que manchó Sodoma.
Ni las auras agitan,
Ni los peces habitan
El turbio, inmundo seno

De aquel lago fatal, mar de veneno;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende,
Párase, vuelve atras, desvanecida,
En revuelto espiral rauda desciende
Y en el callado mar flota sin vida (4).
El pobre albergue de Belen dichoso
Ved, y de Jericó la flor temprana;
Seguid la soñolienta caravana,
Que el desierto arenoso
Cruzando va con paso perezoso.

Ya de Jerusalen el alto muro
Píntase en el oscuro
Y lejano horizonte:
La escogida ciudad, la ciudad santa,
Al pié de estéril ceniciento monte
La régia sien con majestad levanta;
La ciudad del profeta,
Ensalzada con cántico armonioso

Por el sacro pastor, rey y poeta;
La perla del Oriente,
Donde alzó Salomon el portentoso
Templo al Omnipotente,
Que todo un pueblo fabricó anheloso
De hacer á Dios magnífico presente (5).
De la alma paz bajo la verde oliva
Acrecen su opulencia y su grandeza;
La asiática riqueza
Veréis doquier en la ciudad altiva:
De la Arabia los rápidos corceles,
Del Egipto las mieses abundantes,
De las fieras de Libia rubias pieles,
Vinos de Chipre, de Indostan diamantes,
De Persia los brocados,
Los mármoles de Italia celebrados,
Del Líbano los cedros y nogales,
Y en confusion espléndida hacinados
Oro de Ofir, zafiros y corales.

II.

Viven allí bellísimas mujeres:
Las de morena tez y ojos rasgados
(Que abrillantan y entornan los placeres),
Las del erguido y elegante cuello,
De dientes nacarados,
Aguileña nariz, negro cabello;
Mujeres hechiceras
Con la suelta esbeltez de las palmeras,
De formas tornëadas,
Cual estatuas por Fídias modeladas.
Y entre todas descuella,
Como en florido eden rosa encendida,
Magdalena, la bella
De mirada atrevida,
De turbulenta y desastrosa vida.
Cuando lanzando el sol destellos rojos
Se sepulta en el mar, de su morada
Vedla salir, de fuego son sus ojos,

Y es su boca la flor de la granada;
La túnica azulada
Con áureo cinturon va recogida;
Con sandalia oprimida
Sujeta su pié breve,
Lascivo prisionero,
Nítido como el ampo de la nieve;
Blanco velo ligero
Más señala que encubre los hechizos
De su turgente pecho levantado,
Y ondula por la espalda el destrenzado
Cabello en luengos vaporosos rizos.
Y esa hermosa tan jóven y gallarda
Es cincelado vaso de oro puro,
Que sólo flores agostadas guarda,
Ruina que encubre diamantino muro.
Sin escuchar la voz de los deberes
Son su idea constante
Fingir pasiones, inventar placeres,
Y cada sol conoce nuevo amante.

Sirena engañadora,
Risueña y tierna ora
Se muestra, ora doliente;
Ya la máscara adopta seductora
De modestia inocente;
Ya el deseo adormido
Cauta despierta con desden fingido;
Ya voluptuosa, lánguida, indolente,
Sobre lecho de flores recostada,
Suspira del amor dulces pesares,
Como la enamorada
Esposa del *Cantar de los Cantares.*
De la embriaguez de amor á la del vino,
Del lupanar pasando á las orgías,
Rodando van sus miserables dias
En un vertiginoso torbellino:
Y si al salir de fiesta bulliciosa
Hondo temor de su alma se hace dueño,
Piensa que la conciencia que le acosa
Sólo es fantasma de mentido ensueño.

Así de aquella envilecida hermosa
Pasan los breves años,
No exentos de dolor y desengaños;
Que ni por senda fácil, ni escabrosa,
Ni en marcha pronta, ni con paso tardo,
Se arriba en este mundo á la ventura;
Ni ciñe la hermosura
Para quebrar de la desdicha el dardo
Damasquina armadura.

III.

En clarísimo dia,
Del monte de *Betsaida* ve en la cumbre
Magdalena apiñada muchedumbre
Que la palabra de Jesus oia.
Nunca, hasta aquel momento,
El solemne, tranquilo y dulce acento
Pudo escuchar del Hijo de María,
Ni contempló su varonil belleza,
Ni la santa pureza,

Que en su mirada angelical ardia.
Y con pausada voz, firme y sonora,
Con ademan sencillo y majestuoso
Dice Cristo á la turba pecadora
Que le escucha en silencio respetuoso:
—«Hijos vosotros sois del Sér divino
»Que de la *Ley las tablas* dió á Judea;
»De la virtud seguid por el camino
»Que Él os trazó, por áspero que sea.
»No me manda mi Padre á castigaros,
»Que me manda á enseñaros,
»Las preces á escuchar de los que imploran,
»Los ojos á enjugar de los que lloran,
»Y á morir en la cruz para salvaros.
»Mirad al Rey, que os anunció el Profeta:
»Soy el Hijo de Dios, soy el Mesía,
»Que el rayo apaga, que la mar aquieta,
»Del viejo amparo, de la infancia guia.
»No llevo manto régio, cetro de oro,
»Ni diadema altanera;

»La humildad y el amor son mi tesoro;
»Mi ley, la ley de la virtud severa;
»Mis próceres serán los desgraciados,
»Y sin lanzas, ni aceros, ni soldados
»Vengo á regir la humanidad entera.—
»Si de la tierra os hieren los abrojos,
»Al alto cielo convertid la frente;
»Si escandalizan vuestros propios ojos,
»Las pupilas cegad con hierro ardiente.
»La obra que á Dios complace
»No sirva de satánico trofeo;
»Perseguid el pecado cuando nace
»Y en los pliegues se oculta del deseo (6).
»Porque, en verdad os digo,
»Que acuda á mi presencia
»Del niño con la cándida inocencia
»El que al cielo subir quiera conmigo,
»Y destierre de su alma la venganza,
»Y vuelva bien por mal al enemigo:
»Yo soy la caridad, soy la esperanza.

»Haced el bien, y sin alarde vano,
»Sin ostentosa muestra:
»Que ignore la siniestra
»El que ejecuta la derecha mano.
»De la opulencia la dorada llave
»No abre la puerta de mi sacro templo,
»Desprecie la riqueza quien me alabe:
»Yo, que el precepto doy, doy el ejemplo.
»Vedme humillado, sin vivienda, pobre:
»Que tiene el pez bajo la mar salobre
»Su mansion escondida,
»Tiene su pardo nido el ave tierna,
»La selvática fiera su caverna,
»Y el insecto guarida:
»Sólo Jesus, que á predicaros viene
»La religion de paz y de pobreza,
»Sólo el Hijo de Dios, ni piedra tiene
»Do recostar la celestial cabeza.»

IV.

¡Con qué dulzura tan divino acento
De Magdalena vibra en el oido!
¿Qué suave sentimiento,
Qué misterioso amor desconocido
Su espíritu abatido vivifica?
¿Qué hálito divinal la purifica?
¿Quién en tan breve espacio y de tal suerte
En diáfano cristal barro convierte?
¡Cómo se vuelve á erguir la flor marchita
Al respirar el aura
Que el eco lleva de la voz bendita
Y el mustio brillo de la flor restaura!
¡Cómo recobra el virginal aroma
De naciente capullo!—
Figúraseme ver nívea paloma
Que el camino olvidó del patrio nido,
Y escucha de improviso tierno arrullo
Del compañero que juzgó perdido,

Y con atento oido,
Los ojos negros elevando al cielo,
Hácia la amada voz dirige el vuelo;
Deja del valle las hojosas galas,
Rápida tras su amor se precipita,
Y más ligero que sus raudas alas
Su alborozado corazon palpita.
Pero ¿qué nube de mortal tristura
De Magdalena el rostro descolora,
Y trueca en noche oscura
El claro albor de su rosada aurora?
Tiembla, la frente baja, se retira.—
¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida se estremece,
Y el aire triste, que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulsa, al revolver en su memoria
De su agitada historia
Los recuerdos livianos,

Rasga el bello cendal que la engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana,
El seno encubre con entrambas manos.
De entónces por doquier Cristo marchaba,
Una mujer de léjos le seguia,
Que ansiosa sus palabras aspiraba;
Mas llegar á sus piés no se atrevia
Y en raudales de llanto se anegaba.
¡Cuán mísera del alma es la existencia
Al despertar de la embriaguez del vicio
Y al verse en el cristal de la conciencia
Sumida en insondable precipicio!
Invisible semilla
Suele á veces dejar el aura inquieta
De estéril roca en caprichosa grieta,
Y brota allí modesta florecilla;
Próvida lluvia su corola moja,
Pero el muro fatal que la sujeta
La seca, la deshoja,
Y la raíz endeble

Trunca y deshace de la planta feble.
Tal el mal arraigado
Puro y sublime amor de Magdalena
No puede florecer; de su pasado
La durísima cárcel le refrena,
Le ahoga, le envenena;
Y se ve condenada
Á abrigar el amor de los querubes
Cuando no es digna ya de ser amada.
Quiere volar y traspasar las nubes
Y su vuelo entorpece
El cieno impuro que en sus alas pesa,
Y gime, y se fatiga, y palidece,
Y su dorada cabellera mesa,
Y en contínuo suspiro desfallece.
Huye del vivo resplandor del dia;
Para llorar sus penas sin testigos
Busca el silencio de la noche umbría.
Tan rápida mudanza
De sus torpes amigos

Desabrido desden tan sólo alcanza.
Sin alma alguna que en su apoyo acuda,
Ve en la insolente faz del vulgo necio
La irónica sonrisa de la duda,
La irritante mirada del desprecio.
Quizá en su solitario desamparo
Á sí propia se dice Magdalena,
Que es el dón de la vida dón bien caro
Si no hay placer sin mal, ni mal sin pena.

V.

Infelice mujer arrepentida,
Que irrealizable juzgas el deseo
De verte nuevamente enaltecida,
Alza la frente, que en tu afan sumida,
Á tu lado no has visto
Con lenta majestad pasar á Cristo.
Marcha, marcha en pos de él.—De un fariseo
Penetra en la morada,
De un hijo de Satan, del vil engaño.

¡Regocíjese el alma atribulada,
Viendo que el buen pastor deja el rebaño
En busca de la oveja descarriada!
¿No recuerdas, mujer, cuando decia
Que no bajaba al mundo
Á fulminar castigos iracundo,
Y que á salvar la humanidad venía?
Sí, ya tu pecho alienta,
Ya ansiosa te levantas,
Y, cual va al manantial corza sedienta,
Corres tras Él, te arrojas á sus plantas,
Y besando sus piés, viertes sobre ellos
Suave y rico tesoro
De esencias orientales,
Y en larga vena lastimero llanto;
Los secas con el largo velo de oro
De tus blondos cabellos;
Á las ánsias mortales
De tu rudo quebranto
Dando tregua un momento,

Al Hombre-Dios adoras
En extático y mudo arrobamiento,
Y con callada voz perdon imploras.
Alza la frente mustia,
Y contempla del sol la luz serena:
Tras largas horas de ignorada angustia,
Tu bienandanza labras;
Tiembla de gozo santo, Magdalena,
Y oye de Jesucristo las palabras:
«Mujer, há tiempo que tu mente sigo;
»Mujer, há tiempo que tu voz escucho,
»Cuando en tu pensamiento hablas conmigo:
»*Yo te perdono, porque amaste mucho.*
»Del mal rompiste con vigor los lazos,
»Levántate del suelo,
»Que Dios te acoge en sus paternos brazos.
»Quien llora sus pecados gana el cielo.»

LA SAMARITANA.

—

CANTO

DEDICADO AL EMINENTE POETA DRAMÁTICO

SEÑOR DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

LA SAMARITANA.

Entrada de *Sichar* (ciudad de Samária); en el fondo la *fuente de Jacob* circundada de olivos y palmeras: á lo léjos extendido desierto. El sol marcha á su ocaso: celajes de oro y grana tachonan el horizonte.

ESCENA ÚNICA.

La Samaritana y coro de mujeres.

LA SAMARITANA.

Doncellas de Samária,
Tiernísimas esposas,
Y las que el triste velo
Ceñís de la viudez,
Guirnaldas aromadas
De nardos y de rosas,
De flor de terebinto
Y de jazmin tejed.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sïon!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomon.—

Rodaron sobre el mundo
Embravecidos rios,
Del cielo los torrentes,
El desbordado mar:
Y sus hinchadas olas,
Sus indomables bríos,
Del hombre no pudieron
Los crímenes lavar.

Tras el voraz diluvio,
No secas las llanuras,
La temeraria frente
Volvió la culpa á erguir;
Mas ya caudillo santo
Bajó de las alturas,
Los bienhadados dones
Del cielo á repartir.

CORO DE MUJERES.

Con fuerza irresistible
La voz de tu alborozo,
Cual sacudidas ramas
Nos hace estremecer.
¿Has visto, por ventura,
Con inefable gozo
Al Jefe prometido
Del pueblo de Isräel?

¿O vistes al terrible,
Al serafin alado,
Que de Isaías trémulo
Los labios abrasó,
Para que así extinguida
La huella del pecado,
Pudiera de su boca
Salir la voz de Dios?

¿Encierran tus palabras
Encanto sobrehumano?
¿Acaso eres el eco
Del vencedor Miguel?...
Que es grato lo que dices,
Cual sombra en el verano,
Cual agua en el desierto,
Cual aura del Eden.

LA SAMARITANA.

En la mitad del dia
Lanzaba el sol ardiente
Abrasadores rayos
De vívido rubí;
Para llenar mi cántara
De la vecina fuente
En el cristal sereno,
De la ciudad salí.

Bajo el frondoso toldo,
Que el manantial sombrea,
Por el calor rendido
Un hombre contemplé;
Semblante como el suyo
Jamás se vió en Judea;
Miréle sorprendida,
Y á mi pesar temblé.

Creyeron ver mis ojos,
Mirando su belleza,
De la celeste cumbre
Purísimo querub;
Y que encendiendo el aire,
Ornaba su cabeza
Esplendoroso disco
De diamantina luz.

Cual derretido plomo
Pesaba el tardo viento,
Y el cántaro del agua
El hombre me pidió.
—«¿Depone así un judío
(Le pregunté al momento)
«Los implacables odios
«Y el heredado horror?

»Bien sabes que el judio
»Que pisa nuestra tierra,
»Ni asilo nos demanda
»Ni calma aquí la sed;
»Nos guarda rencoroso
»El ódio de la guerra:
»¿Y ruegas de Samária
»Á mísera mujer?

(*Con ironía.*)

»De vuestro templo fuera
»Orar á Dios no es dado;
»Jerusalen es solo
»La fuente de salud.
»Para vosotros somos
»La noche y el pecado;
»¿Qué buscan en Samária
»La aurora y la virtud?»

Rizó sus castos labios
Sonrisa bondadosa,
Vibró de su palabra
El eco celestial.
Su voz era tan dulce
Como la miel sabrosa
Que labran las abejas
Orillas del Jordan.

Me dijo que en Judea,
Lo mismo que en Samária,
En el desnudo yermo
Y en el feraz verjel,
En populosa villa
Y en choza solitaria,
Escucha nuestras preces
El infinito Sér.

Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;
Al Padre, santo espíritu,
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazon altar (7).

Incrédula le oia,
Pero de asombro muda;
Y mi azarosa historia
Entónces me contó:
Con mágica palabra,
Sin vacilante duda,
De los secretos mios
El velo desgarró.

Para él nada hay oculto:
Pasados devaneos,
Pasiones sofocadas,
Recóndito dolor;
Las sombras vagorosas
De efímeros deseos;
El llanto no vertido
De despechado amor;

El oro que soterra
Su avaricioso dueño
Y con inquietos ojos
Vigila sin cesar;
De enamorada vírgen
El deleitoso sueño,
Que pudorosa quiere
Del alma desterrar;

El simulado afecto
Tranquilo y apacible
Con que venganza aleve
Se oculta para herir;
Las misteriosas cifras,
La página ilegible
Del tenebroso libro
Que encierra el porvenir...

Todo lo ve y lo sabe:
Penetra en el abismo,
Traspasa la muralla,
Sondea el corazon.
¡Quizá desde su trono
Bajó por eso mismo!
¡Nos vió tan desdichados,
Que tuvo compasion!—

Sabed que Cristo dice
Que hay fuente cristalina
Que de los cielos baja
Y apaga nuestra sed;
Hay rayo que la mente
Benéfico ilumina:
El agua del bautismo,
El rayo de la fé.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sïon!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomon.

CORO DE MUJERES.

De Cristo la venida
Gozosas celebremos;
¡Corónese de soles
El monte de Sïon!
El arpa abandonada
Del sauce descolguemos,
El arpa que pulsaron
David y Salomon.

LA MUJER ADÚLTERA.

—

CANTO

DEDICADO AL SEÑOR DON ABELARDO DE CÁRLOS,

DIRECTOR DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

LA MUJER ADÚLTERA.

I. Ley de Moisés sobre el adulterio.—Consulta farisaica.—La primera piedra.
II. Jueces culpables.
III. *Vade et jam amplius nolli peccare.*
IV. Dudas de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro.—El Redentor anuncia á Juan las obras que ha de escribir, y le previene lo que ha de decir de la mujer adúltera.—El delito por nombre.

I.

Por iracunda plebe perseguida
Huye en Jerusalen al templo santo
Mujer despavorida;
Baña su faz hermosa
Desatado raudal de amargo llanto.
Es aquella mujer culpable esposa;
La ley del pueblo hebreo
Á morir á pedradas la condena.

El torpe fariseo
Y el hipócrita escriba corrompido
Piden, como la turba, á grito herido
Se lleve á cabo la marcada pena.
La mísera mujer de angustia llena
Y con ánsias mortales
Gira en redor los suplicantes ojos,
Mira á Cristo del templo en los umbrales
Radiante de bondad y de dulzura,
Y póstrase de hinojos
Y besa de Jesus la vestidura.
Inmóvil queda cual estátua yerta;
Vaga en crespas madejas su cabello
Sobre la blanca espalda, mal cubierta,
Y su rostro sombrío
(Para su propia desventura bello)
Entre las manos trémulas sepulta:
¡Quizá un rubor tardío,
Quizá la falta de rubor oculta!
Entre tanto el SEÑOR sobre la arena

Misteriosas palabras escribia,
Y el fariseo que á la turba guía,
Para hablar á Jesus, silencio ordena.
Con humildad irónica pretexta
Sobre el suplicio horrendo consultarle;
Pero busca sutil en su respuesta
Causa para acusarle,
Y así le dice:—«La mujer impura
»Que á tus piés se ha postrado,
»Sin recato y sin fé, ciega y perjura,
»El tálamo nupcial ha profanado.
»No ignorará tu enaltecida ciencia
»Que á morir la sentencia
»La sábia ley del inspirado preste
»Que rompió nuestra dura servidumbre
»Y del Eterno oyó la voz celeste
»Del Sinäí sobre la ardiente cumbre.
»Mas tú eres el Mesías prometido;
»La voluntad de Dios tu labio anuncia.
»Infálible profeta, rey ungido,

»Tus altísimas órdenes pronuncia;
»Tu fallo dinos y será cumplido.»
Cristo escribiendo en el arena sigue
Sin levantar la pensativa frente,
Y el fariseo á poco, ya impaciente,
Con alterada voz, así prosigue:
—«Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra
»Lo que el gran Möisés dejó ordenado?»
—«Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,
»Pero que arroje la primera piedra
»El que esté sin pecado.»

II.

Todos para animarse se miraron,
Y todos sin aliento enmudecieron,
Sus cejas se enarcaron,
Las piedras de sus manos se cayeron
Y en confuso tropel desparecieron.

III.

—«Nadie te acusa ya.—La airada plebe
»Que á llevarte á morir se apercibia,
»Despareció como la bruma leve
»Al despuntar la claridad del dia.
»Ya de la muerte la segur terrible
»Nó ves amenazando tu existencia;
»Mas oyes la tremenda, inextinguible,
»Inexorable voz de tu conciencia;
»Oye del que te salva la sentencia:
»Eres esposa y madre,
»¿Qué te brinda otro amor? males prolijos.
»No vuelvas á pecar, piensa en tus hijos,
»Y hiere si te atreves á su padre.
»Torna al preciado hogar que abandonaste,
»Del que tu infame culpa te retira;
»Pide perdon al hombre que afrentaste,

»Y su dolor inconsolable mira.
»Mírale oculto, palpitante el pecho;
»La vista tiende al solitario lecho,
»Y en él, desesperado se desploma...
»Abraza tierno al balbuciente niño,
»Lirio que el yermo de su vida aroma,
»Y el abrasado llanto del cariño
»En sus pupilas áridas asoma,
»Viendo del inocente en el semblante
»Trasunto fiel, imágen hechicera
»Del rostro tuyo, que adoró constante,
»Y gala ayer de sus amores era.
»Hoy, su dicha anegada,
»Sobre las ondas del dolor eterno
»Áun ilesa y tranquila sobrenada
»El arca santa del amor paterno.
»¡Y quiere aborrecerte!
»Aborrecer á lo que se ha querido,
»Es desgarrarse el corazon herido
»Y vivir en las ánsias de la muerte.

»Hondos gemidos lanza,
»Y si en su oprobio piensa,
»Juzga que no hay venganza
»Que hasta el nivel alcance de su ofensa.
»Lucha por desasir de su memoria
»Tu aciaga imágen, tu fatal caida;
»Mas, para siempre la quietud perdida,
»Lleva en su mente tu llorada historia
»Con indelebles letras esculpida.
»Cediendo de la culpa á los clamores,
»Cometiste, pisando tus deberes,
»El delito mayor de las mujeres,
»Y él padece el dolor de los dolores.
»Vuelve á los piés del ofendido esposo,
»Y al desandar la via
»Que á la sima del crímen te condujo
»Y á víctima de un pueblo te redujo,
»Recuerda siempre la palabra mia:
»Sin la virtud no hay dicha ni reposo,
»Cristo á la dicha y al reposo guía...

»Barquilla sin timon y en mar incierto,
»Ave herida en mitad del Océano,
»Sin el auxilio de divina mano
»¿Podrán llegar al anhelado puerto?»

IV.

Núblanse del Mesía
Los refulgentes y serenos ojos
Con el mismo dolor que describia,
Hijo de los agravios
De la pérfida esposa, que de hinojos
Sigue á sus piés, sin desplegar los labios.
Ora Jesus al Dios de las bondades,
Que al universo rige,
Y de Jerusalen traspone el muro;
Anhela respirar aire más puro
Que el aire corruptor de las ciudades,
Y sus pasos dirige

Del desierto á las mudas soledades.
En silencio profundo
Marchan tras de Jesus los bienhadados
Discípulos humildes, destinados
Á extender su doctrina por el mundo.
Y Pedro dice al Justo:—«Bondadoso
»Maestro celestial, oye mi acento:
»En piélago de dudas proceloso
»Se pierde mi confuso pensamiento.
»Yo vi que los abismos del pecado,
»Do estaba Magdalena, iluminaste;
»Hoy la vida á la adúltera salvaste.
»Pero dime, Señor, ¿la has perdonado,
»Ó tan sólo á sus jueces recusaste?
»¿Cómo tu corazon gime y se apena
»Siendo el perdon tu dicha perdurable?
»¿Es á los ojos tuyos más culpable
»La adúltera mujer que Magdalena?» (8).
Y responde Jesus:—«¡Desventurada
»La que, en inícuo amor los ojos fijos,

»La paz de la familia rompe osada
»Y el porvenir anubla de sus hijos!
»Sin más mira ni enseña
»Que el deleite liviano,
»De miseria en miseria se despeña
»Del vicio por la rápida pendiente;
»Hunde en el cieno su insensata mano
»De madre la corona refulgente,
»Y de la culpa en los hediondos brazos
»Revuélvese, y desata
»Del bendecido amor los dulces lazos.
»Es la víbora ingrata
»Que en caluroso seno recogida,
»Helada y espirante,
»Al recobrar la fuerza de la vida
»Clava su penetrante
»Aleve dardo de ponzoña lleno,
»Con ánimo enemigo,
»En el incauto seno
»Que generoso le prestó su abrigo.

»¡Deja que amargamente
»De esa mujer la ingratitud lamente!
»La ingratitud, baldon de las criaturas,
»El rayo vengador hizo preciso,
»Al ángel derrocó de las alturas
»Y al hombre desterró del paraíso.—
»Y óyeme, Juan:—Mi Padre te destina
»Del humano linaje para gloria
»Á escribir inspirado mi doctrina,
»Siguiendo fiel las huellas de mi historia.
»Del cerco de la tierra arrebatado
»Tu espíritu á regiones inmortales
»Evocará las sombras del pasado,
»Y aspirarás las auras germinales
»Que en el *principio* á la materia inerte
»Arrancaron del sueño de la muerte.
»En gigantesco y portentoso vuelo
»Atravesando siglos á millares
»Y de lo porvenir rasgando el velo,
»Verás el dia de esperanza y duelo

»En que luchen los altos luminares
»Incendiando los términos del cielo.
»Ávida nube sorberá los mares,
»La máquina del orbe derrüida,
»Rotos ya sus fortísimos cimientos,
»Sin concierto, sin forma, denegrida,
»Cual leve arista llevarán los vientos.
»Entrando del amor en el santuario,
»Referirás mi vida de tristeza,
»Que en el portal humilde y solitario
»De Betlehen empieza
»Y termina en la cumbre del Calvario.
»Y al escribir ¡oh Juan! lo que hora viste,
»Para justa enseñanza de los hombres,
»Cuenta la vida triste
»De esa infausta mujer, mas no la nombres.
»Y por tu mano inmaculada escrito
»De fuego eterno con buril ardiente,
»En su pálida frente
»Lleve por todo nombre su delito» (9).

MARTA.

CANTO DEDICADO

A LA SRTA. DOÑA CONCEPCION FIGUERA Y MARTINEZ.

MARTA.

I. La criatura-rey.
II. Marta.
III. Resurreccion de Lázaro.

I.

El hombre delinquió; nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia (10).

Mecen las penas nuestra aciaga cuna,
Nos llevan hasta el término postrero,
Y no hay de venturosos raza alguna
En la gran extension del orbe entero.

Volved en derredor la vista inquieta,
Subid al templo de la humana gloria,
Y al guerrero, y al sabio, y al poeta,
Y al mundo todo demandad su historia.

¿Qué os dirán? Os dirán que hasta las heces
El cáliz del dolor el hombre apura,
Y vanos son los lloros y las preces
Que piden lo imposible—la ventura.

Así los rios en veloz carrera
Sus linfas llevan á la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.

¡Triste prole de Adan, siempre anhelante,
Sin ver que su sentencia es la desdicha!
Prole cuanto insaciable delirante,
¿Dónde se encuentra su soñada dicha?

¿La encuentra Baltasar en los placeres
De opíparo festin y alegre danza?
¿Hállala Salomon en las mujeres?
¿Los hermanos de Dina en la venganza?

¿Sócrates y Platon la descubrieron?
¿Los tesoros de Creso la compraron?
¿Las huestes de Alejandro la vencieron?
¿Las naves de Fenicia la alcanzaron?...

¿Donde la dicha está?—Nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente rey de la desgracia.

II.

Ni á la desdicha teme, ni á la muerte,
La que es de su deber sumisa esclava,
Marta; ¡bendita tú! la *mujer fuerte*
Que el hijo sabio de David buscaba.

Cual se desliza sobre blanca arena,
En la estacion espléndida y florida,
Arroyo claro en abundosa vena,
Así apacible transcurrió tu vida.

La que de la virtud ciñendo el velo,
La antorcha del deber lleva en la mano,
Sabe un sendero que conduce al cielo,
Angosto sí, pèro seguro y llano.

Sendero por do rápida camina,
Sin fatigarse en áspera pendiente,
Sin que la hiera el pié punzante espina,
Sin hondo abismo ni cortada puente.

Es la virtud al par cruz y corona.
Marta, si no feliz, vive contenta;
Los placeres del mundo no ambiciona,
Á los cuidados del hogar atenta (11).

Es la violeta que en verjel murado
Casta se oculta y con su aroma encanta,
El ave que en silencio cruza el prado
Y tan sólo en su nido amores canta.

III.

¿Quien marchitó la flor de tu alegría?
¿Quién nubla, Marta, tus radiantes ojos?
¡Ay, Lázaro murió!—La tierra fria
Oprime ya sus míseros despojos.

Mas no se pierden en la inmensa esfera
Las lágrimas que viertes por tu hermano;
Muévele á Dios tu queja lastimera,
Y tiende á tí su protectora mano.

Enmudezcan los tétricos clamores,
Y el lloro cese que tu faz anega;
Que ornado de fulgentes resplandores,
Cristo á las puertas de Betania llega.

¿Penetra en tu morada funeraria,
Á ser de tu dolor mudo testigo?
¿Viene sobre la tumba solitaria,
Inútil llanto á derramar contigo?

No; ya presiente la infeliz hermana
Que el alivio á sus penas se avecina;
Que nunca muere la esperanza humana
Y nunca duerme la bondad divina.

Su voz doliente al Salvador eleva;
Y, cercado de turba numerosa,
Desciende Cristo á la profunda cueva
Do el cádaver de Lázaro reposa.

Morada sepulcral, gruta sombría,
De pardas rocas y de ambiente insano,
Que con pálida luz alumbra el dia,
Y á do nunca llegó ruido mundano.

El túmulo mirando enternecido,
Con el fervor profético que anuncia
La certeza de ser obedecido,
«Lázaro vén á mí», Cristo pronuncia.

Por la cóncava bóveda retumba
Su voz, cuanto solemne, poderosa,
Y subyugada la insensible tumba,
Se quiebra y salta la marmórea losa.

¡Y el prodigio se cumple!—Se va alzando
Sobre la abierta fosa cuerpo inerte,
Con espanto y con pena despertando
Del sosegado sueño de la muerte.

¡Es Lázaro... tu hermano!—Ya la planta
Mueve, recobra la color marchita,
Desata el labio, la cerviz levanta,
Sus ojos ven, su corazon palpita.

Por calmar tu amarguísima tristeza,
En la noche mortal brilló la aurora,
Sus leyes quebrantó naturaleza;
¡Que tanto puede la virtud que llora!

Tu cruzas ¡oh virtud! las altas nubes
Y la etérea region en raudo vuelo,
Se postran á tu paso los querubes,
Te escucha Dios y te recibe el cielo.

Si vencido Catón, en su despecho
Dijo, al hundirse con certera mano
Puñal agudo en el soberbio pecho:
«Virtud, tú eres un nombre, un nombre vano»,

Mintió. No es la virtud tan sólo un nombre,
Es el sosiego de la humana mente;
Y ¿para hablar al Sér Omnipotente
Qué voz, sino su voz, le queda al hombre?

BERENICE.

CANTO DEDICADO

AL SEÑOR MARQUÉS DE MANZANEDO.

FUNDADOR DEL INSTITUTO DE SANTOÑA.

BERENICE.

I. La Caridad.
II. Berenice.—Sentencia de Jesus.—Camino del Calvario.—Cae Cristo con la cruz á cuestas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simon el Cyrineo.—El lienzo milagroso.—La Fé.—Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas.

I.

Corta la mar con la tajante prora
Gallarda nave de pomposa vela,
Y del inmenso piélago señora,
Por sus llanuras dilatadas vuela;
Á las ondas y al Noto desafía
Y al mortífero rayo resonante;
De oro la sed hidrópica la guia,
Y esquiva, desdeñosa y arrogante,

El orbe le parece espacio breve,
Y nuevas playas á pedir se atreve
Para saciar su anhelo y osadía.

Mas de improviso, prolongado trueno
En el espacio cóncavo retumba,
Abre la mar el insondable seno
Y da á la nave inesperada tumba;
Lleva Aquilon la vela desgarrada,
Ciegan del rayo los fulgores rojos,
Y, ¡oh soberbia humillada!
Sólo flotan los míseros despojos
De la nave anegada.

Con trémula piedad el marinero
Y medroso fervor ruega á MARÍA;
No escucha del amigo el lastimero
Suspiro no acabado de agonía;
Arroja el oro, su tirano fiero,
Sólo quiere vivir, ase un madero,

Y al roto leño su existencia fia.

Contadas son las horas de bonanza
En la mar de la vida procelosa;
Roba la luz al sol de la esperanza,
Nube del desengaño tenebrosa;
Y venturoso el náufrago que alcanza,
Con los crispados miembros abrazado
Á la fragil madera,
Ser por olas benéficas llevado
Á hospitalaria y próxima ribera.

Dobla el trabajo nuestro erguido cuello,
El alma gime en su prision esclava;
Mas guarda el corazon vivo destello
Del astro que al Eden iluminaba.
En las tinieblas de la noche odiosa
De desengaños, luchas y dolores,
Cual de faro eminente luz piadosa,
Vibrando resplandores

Y calmando las penas,
La CARIDAD asoma bondadosa,
La blanca sien ornada de azucenas:
La virtud, que consuela y que sublima,
Que al prócer honra y al mendigo anima,
Que halla su propio bien en el ajeno;
Virtud que viste con sus ricas galas
De cuantos sufren el desnudo seno;
Ángel que huella de la tierra el cieno,
Sin que se manchen sus nevadas alas;
Rosa siempre fragante,
Bella como las flores que da Mayo,
Pura como del alba luz brillante,
Y más fecunda que del sol el rayo;
Virtud que en las borrascas de la vida
Es isla de reposo bendecida,
Y que la ley universal proclama,
Diciéndole al mortal: *espera y ama.*

Mirad á esa mujer á quien no aterra

El ronco estruendo de la cruda *guerra.*
¿A dó va? Del soldado
Valiente y denodado
No á partir el laurel, sí los azares;
Marcha sin cota de acerada malla,
Por calmar del herido los pesares,
Al polvoroso campo de batalla.

Angel de luenga y enlutada veste,
Con funeral cipres la sien ceñida,
En silencio mortal y gota á gota
Vierte sobre la tierra estremecida
El cáliz de la cólera celeste,
Y enardecido y sofocante brota
Denso vapor de asoladora *peste.*
Todo es desolacion, todo tristura,
Los ojos sólo ven muertes y horrores,
El corazon palpita de pavura,
Rinde el orgullo la cerviz enhiesta,
Desbandados se ocultan los amores,

Y el dañino vapor al orbe infesta.
Y en medio del estrago de la muerte
De tantos inocentes y culpados
Que en fétido monton junta la suerte,
Y al lado del que salva el ancho abismo
De la plaga voraz con mil cuidados
(Y es el primer cuidado el egoismo),
Débil mujer con animoso pecho,
La caridad llevando por corona,
Ni un instante abandona
Del moribundo el pavoroso lecho.
Tiende á todos solícita la mano,
Afronta el mal sin tímida flaqueza,
Que es el milagro del valor cristiano
Quien la presta vigor y fortaleza.
Si Dios de sus hechuras se olvidára,
Tan sublime mujer le ablandaria
Y su paterno amor reconquistára;
Mas ¿qué mucho su arrojo y energía,
Si la cristiana caridad la ampara,

Si la divina caridad la guia?
Cobija ¡oh caridad! toda la tierra
Con las doradas orlas de tu manto,
Y ante tu solio incontrastable y santo
Mudas se postrarán la impía guerra,
La ambicion insaciable,
La insidiosa perfidia,
La calumnia rastrera y miserable,
La descarnada envidia.
Divina caridad, tú puedes sólo
Hacer los votos del infierno vanos,
Y que del polo Norte al otro polo
Haya un pueblo no más, pueblo de hermanos;
Tú puedes en la *Diestra Justiciera*
Apagar el voraz rayo encendido,
Forzar las puertas del Eden perdido
Y dar al hombre su mansion primera.

II.

Vive en Jerusalen apuesta dama
De bello rostro, de virtud severa,
De noble estirpe, de intachable fama,
Á quien el Asia con amor venera;
Derrama sus riquezas generosa
Para aliviar de la pobreza el llanto,
Y es Berenice el nombre de la hermosa (12),
De Palestina encanto.

A la espléndida altura en que vivia,
Sólo como rumor indiferente,
Que todos oyen y que á nadie inquieta,
La fama de Jesus llegado habia.
—Quién le llama impostor y quién profeta,
Quién sabio y quién demente,
Quién como á soberano le respeta,
Quién le corona de punzante espina;
Es para el torpe escriba un delincuente

Que reclama Satan desde el profundo;
Para el que oyó su celestial doctrina,
El prometido Redentor del mundo.

Ayer Jerusalen, ebria de gozo,
Como á rey de Isräel le recibia,
Y á su paso, con gritos de alborozo,
Su manto por alfombra le tendia.
Pero ¡ay! que poco dura
Ese amor de los pueblos ostentoso,
Fruto que no madura;
Semejase al arroyo bullicioso
Que el verde prado en primavera esmalta,
Las flores riega, por las piedras salta,
Y copia en sus cristales la hermosura
Del alto pino, del castaño umbroso
Y el desmayado sauce;
Pero se seca en el ardiente estío,
Y no se ven en el invierno frio
Ni leves huellas del borrado cauce.

La muchedumbre instable
Que á Jesus como jefe proclamaba,
Porque rey invencible le juzgaba,
Hoy con voz imperiosa y formidable,
No creyéndole ya caudillo fuerte,
Pide á Pilátos le condene á muerte.
Acceder á tan bárbaro deseo
El procónsul rehusa,
Viendo sin mancha al pretendido reo,
Y criminal al pueblo que le acusa;
Ni leve sombra de delito oculto
Hallar Pilátos en su vida puede;
Pero amenaza popular tumulto,
Ruega en vez de mandar, vacila y cede.
Juzga al lavar sus manos temblorosas
Los gritos acallar de la conciencia;
Débil ante las turbas sediciosas,
Firma de Cristo la mortal sentencia.
Aun sin romper el ponderoso yugo
En que gime entre penas y trabajos,

Es la plebe un tirano con andrajos
Y feroces instintos de verdugo:
Siempre de sangre humana está sedienta;
Valor, saber, virtud..... todo la ofusca;
Y cual rayo que aborta la tormenta,
Para arrasarlas las alturas busca.

Berenice no sigue
La nueva ley del justo *Nazareno*,
Mas de Cristo el recuerdo la persigue;
Vívida caridad arde en su seno,
Y se pregunta si será inocente
Aquel desconocido delincuente;
Y sin saber por qué, suspiros lanza,
Que muchas veces lo que el alma siente
La inteligencia á descifrar no alcanza.
Y sumida en letal melancolía,
Que la agobia con grave pesadumbre,
Mira alborear el malhadado dia
En que, desamparada la inocencia,

Del peñascoso Gólgota en la cumbre
Debe cumplirse la fatal sentencia
Que á Pilátos pidió la muchedumbre.
  Berenice, con ánimo abatido,
Ya que consuelo nó, busca el olvido;
Y queriendo enfrenar el sentimiento
Que la sumerge en pertinaz tristeza,
Oye la voz de femenil flaqueza;
Y se orna y engalana
Con túnica de seda siciliana
Teñida por el múrice sangriento,
Y con su manto leve,
Blanco, cual de montaña nunca hollada
Deslumbradora nieve;
Y á sus esclavas llama apresurada
Para que esmalten su cabello de oro
Con su rico y espléndido tesoro
De costosa y pulida pedrería,
Que la reina de Líbia envidiaria,
Donde lucen diamantes sin rivales,

Preciosas esmeraldas de Etiopía
Y albas perlas en ramas de corales.

En vano Berenice
Desvanecer sus penas imagina;
Plañidera bocina
Con sepulcrales notas hiere al viento,
Y el vibrante metal triste la dice:
Que ya al suplicio va, que se avecina
De Jesu-Cristo el postrimer momento.
Calenturiento frio
Por su cuerpo serpea,
Al oir el alegre griterío
Con que celebra populacho impío
La muerte de la gloria de Judea.
Con insegura planta y lento paso
Marcha Jesus bajo la cruz sangrienta;
Es el dorado sol que va al ocaso,
El cedro que desgaja la tormenta;
Es el mártir sublime

Que á la culpable humanidad redime.
Vedle... se acerca ya... ¡Cuánto padéce!...
Le afrentan con la cruz y la corona.
El verdugo á la víctima escarnece;
La víctima al verdugo compadece,
Y el escarnio y la muerte le perdona.
Es su cansancio tanto
Al palacio al llegar de Berenice,
Que mide el suelo con su cuerpo santo
Y la impaciente plebe le maldice.
¡Ah! contemplad al Salvador del mundo
Con la implacable muerte en fiera lucha;
Para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,
Un ¡ay! desgarrador, largo, profundo;
Berenice lo escucha,
Á sus entrañas llega y las conmueve.
Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
Ve á Jesus á su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
Y en ella fijos los inmobles ojos,

Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen.

De Berenice el corazon se oprime,
Desconsolada gime,
Maldice á los sicarios inhumanos,
Su espíritu en tinieblas se sepulta
Y en las ebúrneas manos
El bello rostro temblorosa oculta.
Privada de la accion sólo un momento,
Muévela á poco generoso intento;
Ir en apoyo de Jesus decide,
Y ni sus fuerzas mide,
Ni en los peligros de su intento piensa,
Ni sueña con posible recompensa.
De su palacio por las tersas gradas
Baja veloz con desusado brío,
Sus esclavas la siguen azoradas,

El bullidor gentío
Traspasa con gallardo continente,
Y llega hasta la víctima inocente.
Alas tener quisiera
Para arrancarle de la odiosa turba
Y remontarle á inaccesible esfera;
Y por calmar al ménos un instante
La acerba angustia que á Jesus conturba,
Le enjuga con el manto su semblante.
Esta muda protesta al pueblo enoja;
Torvo sayon con mano encallecida
Á Berenice entre la turba arroja.—
Queriendo prolongar el sufrimiento
De la víctima augusta escarnecida,
Y que la opaca luz casi extinguida
De su débil vivir recobre aliento,
Un hijo vigoroso de *Cyrene*
Á Cristo presta mercenaria ayuda;
Simon el peso de la cruz sostiene
En su espalda forzuda.

Jesus levanta la abatida frente,
Y el áspero camino del suplicio
Prosigue lentamente.—
¡Sufra el Señor la inmerecida pena!
¡Cúmplase el sacrificio
Que la Divina Caridad ordena!

Compacta muchedumbre numerosa
Airada el paso cierra
Á la noble matrona generosa.
Un lánguido desmayo
De sus esclavas á los piés la atierra,
Cual si la hiriese fragoso rayo.
Al volver á la vida
Mira su blanco manto ensangrentado,
Y en él con líneas de carmin grabado,
El rostro de Jesus ve sorprendida.
Destácase de Cristo la cabeza,
Dechado de hermosura,
Sin sombra de rencor ni de tristeza,

Ornada de esplendor y de ternura;
Sin torvo ceño ni mirada aviesa,
Parece que á la triste Berenice
La bienandanza celestial predice,
Y amor, sagrado amor, tan sólo expresa;
Parece que ha olvidado sus agravios,
Que ha vencido el rigor de las desgracias,
Que va á mover los dibujados labios
Para decirla «adios» y darla gracias.

El lienzo besa convulsiva y muda,
Y en plácido fervor trueca su duelo;
Ya vacilar no puede, ya no duda;
Jesu-Cristo es su Dios, el Dios del cielo.
¡Oh inefable momento!
En raudales de luz baña su mente;
Las brumas rasga de la *duda* ciega,
En el santuario de su pecho siente
El misterioso y vago movimiento
De un alma que se va y otra que llega.

Deja de ser el ave solitaria,
Que con flecha afilada el pecho herido,
Sin fuerzas vuela tras lejano nido;
El bajel que con ánsia temeraria
En un mar sin orillas va perdido.
Es de su corazon cada latido
De enardecida fé muda plegaria.
No sueña, no delira,
No es mentida ilusion que se evapora:
El lienzo toca y el portento mira;
Ve de la fe la sonrosada aurora,
Y el aura pura del Eden respira;
Se desprende en sereno y libre vuelo
Del barro vil de la mansion terrena,
Y se enlaza con mágica cadena
Al infinito Sér, cielo del cielo.

Sin apartar un punto Berenice
Los fascinados ojos
Del blanco cuadro con perfiles rojos

Que en éxtasis la arroba dulcemente,
Cual si viera á Jesus, sumisa dice:
—«No soy digna, Señor, de este presente.»
La responde una esclava
Que de Cristo la imágen
Atónita miraba:
—«Nadie cual tú merece
»Ser la dichosa dueña
»De ese fúnebre dón, de amor enseña,
»Que te abisma, te halaga y entristece.
»Ese regalo del Eterno Padre
»Para tu bien recibe;
»¿Quién más digna que tú?»
—«¿Quién? ¿Pues no vive
»De Jesu-Cristo la apenada madre?»
—«Su madre, ¡pobre madre! condenado
»El hijo de su amor á injusta muerte,
»Este suelo de horror habrá dejado
»Por no correr del Salvador la suerte.»
—«Calla, desventurada, y obedece,

»El temerario pensamiento enfrena;
»No rebaja el dolor, sino enaltece:
»Nunca es cobarde corazon que pena.
»No insultes al pesar hondo y prolijo...
»Corre á llevarla el funeral sudario.
»¿Aun vacilas, mujer?... Vé tras el hijo...
»Á sus piés la hallarás... en el Calvario.»

FIN.

NOTAS.

(1) *Página* 4.

Inspirado por tí trazó Murillo
Su bella y lastimera *Dolorosa*,
Y al trasladar al lienzo tus enojos
Soñó tu faz y adivinó tus ojos.

Se alude al cuadro que existe en el Real Museo de Pinturas de Madrid, número 130.

Las *Vírgenes* de Murillo, superiores en mi concepto á las del mismo Rafael, gozan de fama europea y parecen llevar un sello sobrenatural.

(2) *Página* 12.

Sus portentos ni asustan ni estremecen,
Sus milagros consuelan y enternecen.

Bossuet y Cantú hicieron ya notar la índole especial de los milagros de Jesucristo, no encaminados á seducir los sentidos, sino á remediar los males de la humanidad; milagros más de bondad que de poder.

(3) *Página* 16.

El dolor debe estar en los altares.

Chateaubriand llama al Cristianismo religion de la adversidad,

y escribe el siguiente bellísimo paralelo entre el culto pagano y el católico :

« Todo es máquina y resortes, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es sentimiento é idea, todo es interior, todo ha sido creado para el alma en las pinturas de la religion cristiana. ¡Qué encanto de meditacion! ¡qué profundidad de pensamientos! Hay más delicia en una de esas lágrimas que el Cristianismo hace derramar al fiel, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una *Nuestra Señora de los Dolores*, una *Madre de Misericordia* y algun santo oscuro, patrono del ciego y del huérfano, puede un autor escribir una página más tierna que con todos los dioses del Panteon. ¡Aquí hay *poesía!* ¡Aquí hay *maravilloso!* Pero si quereis un *maravilloso* más sublime, contemplad la vida y los dolores de Jesucristo, y acordaos de que vuestro Dios se ha llamado *Hijo del Hombre*. Nos atrevemos á predecirlo : vendrá un tiempo en que causará admiracion que los hombres hayan podido desconocer las bellezas que existen sólo en los hombres, sólo en las palabras del Cristianismo; costará trabajo comprender cómo se ha podido hacer escarnio de esta religion de la inteligencia y de la adversidad.»

(*El genio del Cristianismo.*)

(4) *Página* 25.

Ni las auras agitan,
Ni los peces habitan
El turbio, inmundo seno
De aquel lago fatal, mar de veneno;
Y si un ave atrevida
Sobre él las alas tiende,
Párase, vuelve atras desvanecida,
En revuelta espiral rauda desciende,
Y en el callado mar flota sin vida.

Las descripciones del *Mar Muerto* que hacen los viajeros son muy

várias. La última que conozco ha sido escrita por mi amigo el señor D. Adolfo Rivadeneyra, vice-cónsul de España, y forma parte del curioso y notable libro que ha publicado recientemente con el título de *Viaje de Ceilan á Damasco.*

Voy á transcribirla, por más que, como los lectores observarán, no está conforme en parte con los versos que quedan copiados.

UN BAÑO EN EL MAR MUERTO.

Jerusalen, 23 de Agosto de 1866.

La hora del alba sería, cuando saliendo de las deliciosas aguas que bañaron la frente del Hijo de Dios, ensillaba mi jaco, y por la inmensa y despoblada llanura del Jordan me lanzaba con él á todo escape, cual si me persiguiera el grito de los manes allí abandonados, exclamando: «¿Adónde va?»

Iba al mar del Diablo; allí, donde el brazo divino lanzó rayos de venganza sobre una pervertida raza, y donde las aguas más densas y más turbias del mundo esconden el oprobio de un pueblo..... cualesquiera otras aguas serian demasiado benignas para encubrir la ignominia de Sodoma y de Gomorra.

Ménos de una hora habia corrido, cuando no ya al horizonte, sino á mis piés, vi el Mar Muerto, nombre, entre los diez que se le dan, el más significativo, porque deja columbrar lo que es en realidad. Quieto se está entre dos filas de fragosas y tajadas sierras, que lo escudan á cinco leguas de distancia una de otra, del lado del Oriente y del Occidente, en cuyas empinadas faldas, que se extienden mucho más allá de donde alcanza la vista, rara vez se vieron las huellas de un sér humano, ni se oyó más rumor que el bramido de animales montaraces.

El agua, la más azul de cuantas he visto, refleja los rayos sola-

res á manera de un espejo; nada vive en su seno, no se ve una vela, no se oye una ola ni se siente la menor aura; apénas se percibe un olor mefítico muy ligero, que, á juzgar por mí mismo, nada tiene de pernicioso áun para personas impresionables.

Contemplando estaba aquella escena de imponente soledad, en medio de la cual me hallaba, y pensando en la magnífica vegetacion que allí suponen algunos autores, en las ruinas que dicen descubre á veces el mar, y que hubiera debido ver yo tambien, por hallarme en el período en que las aguas alcanzan su más bajo nivel; pero no vi más que un pájaro, que por cierto no murió tampoco de las exhalaciones del mar. Me encogí de hombros al recuerdo de estas y otras exageraciones, y con paso seguro entré en el agua. Di los tres primeros, algun tanto sorprendido de lo trasparente del líquido en aquel corto espacio, y sobre todo de su temperatura, que, aunque tan de mañana, no por eso dejaba de estar tibia; pero no bien hube adelantado lo bastante para perder de vista el fondo, cuando, fuera recelo ó impaciencia, determiné echarme á nado. Procedí cautelosamente, pero no tanto que no salpicase un poco de agua y me entrase en el ojo derecho; sentí gran escozor, mantuve cerrados los párpados, y me volví á poner en pié; pero á los pocos momentos todo mi cuerpo me escocia, y tan terriblemente, que, convencido de mi imprevision, quedé bien arrepentido de haberme metido en agua tan salada, despues de doce horas de trotar y de galopar.

«A lo hecho pecho, que al reves me la vestí y ándese así», me decia yo á mí mismo, y probé á nadar. No podia; á pesar de mis esfuerzos y de mi maña, apénas adelantaba y siempre me quedaba de costado. Discurriendo con la prontitud del escarmentado, conocí que sobrenadando mis piés, no podia servirme de ellos, y que necesitándolos para base de mis movimientos, por precision debia

ladearme de un lado ó de otro; hícelo así dos veces, y héteme de espaldas tan cómodo y tan sin trabajo como en mi cama.

El agua me cubria los oidos y no pasaba de allí, por más que dejaba caer la cabeza; la parte superior del cuerpo apénas se mojaba, y los piés sobrenadaban siempre, como parte más ligera del cuerpo humano. Aunque ménos que en la primera, tambien me ladeaba un poco en esta posicion, y los piés seguian fuera, pero la cabeza estaba más sumergida.

Gusto me habria dado dejar flotar así mi cuerpo sin ningun esfuerzo ni movimiento; pero la picazon me impacientaba, y luégo el agua era tan desagradable al tacto, y de tal naturaleza, que más que otra cosa parecia aceite.

¡Esfuerzo supremo! Allí donde la distancia entre el fondo y el nivel del agua no pasaba de tres metros quise sumergirme del todo; pero no obstante haber tomado bien mis medidas, me fué imposible hallar tierra; ¿qué digo? sí hallé, pero fué betun y sal, ó no sé qué especie de cieno; ¡qué hubiera sido de mí si hubiese metido el pié en materia tan pegajosa! El agua que me entró por el ojo izquierdo me dejó ciego; y á flote de nuevo, y desistiendo de hacer segunda prueba, y con los párpados más cerrados de lo que hubiera querido, me salia corriendo y á tientas, cuando, ¡horror! con las ánsias de alcanzar la playa bebí un buen trago de agua! ¡Qué amargura! ¡que náuseas! Ni Leroy ni todos los suyos inventaron jamás brevaje más horrendo ni más..... ¡La toalla, volando! ¡La camisa! ¡Los pantalones! ¡Á quitar la capa de sal que me punza como un millon de agujas! ¡Corriendo á secar los ojos, á limpiarme los oidos, á frotar brazos y piernas!..... Desapareció la desazon del cuerpo; pero, ¿y la de la boca? ¡Qué gusto tan execrable! ¡Qué tós! ¡Ay de mi garganta! ¡Qué agua, Dios mio!..... Maldita fuiste, decia yo, maldita eres y con razon..... indigna de ser

abrevadero de serpientes, has ido, como para vengarte, á sorprender á quien te miraba tal vez hasta con curiosidad. Bien reconozco en tí el sello de la infamia y de la corrupcion..... Huye de mis miradas, escóndete..... ¡Que un diluvio de rayos te evapore, y deje tus heces para veneno de los animales más inmundos!

(*Viaje de Ceilan á Damasco.*)

(5) *Página* 26.

Donde alzó Salomon el portentoso
Templo al Omnipotente,
Que todo un pueblo fabricó, anheloso
De hacer á Dios magnífico presente.

En la construccion del templo de Salomon se emplearon:

3.600 sobrestantes.

80.000 hombres para la explotacion de canteras y labra de piedras.

70.000 para la conduccion de materiales.

Hiram, rey de Tiro, proporcionó artífices, y se encargó del córte de maderas del Líbano, enviándolas en balsas hasta Joppa.

El oro puro de que se hizo pródigo uso en la ornamentacion del interior del templo, procedia de Paruain.

(6) *Página* 32.

Perseguid el pecado cuando nace,
Y en los pliegues se oculta del deseo.

La religion cristiana, al penetrar en el secreto del pensamiento, al condenar el deseo, al ordenar ahogar en su cuna al mal, ¿es una religion profundamente sábia y civilizadora, ó es una religion tiránica é impracticable? El primero de los filósofos modernos, el ilustre y malogrado Bálmes, examina este asunto, y prueba de una manera indudable que el precepto cristiano está fundado en la misma naturaleza del corazon del hombre. Creo que mis lectores

verán con gusto las líneas que en pró de esta idea escribió nuestro eminente compatriota :

« Meditando sobre la naturaleza del corazon del hombre, y ateniéndonos á lo que nos enseña la experiencia de cada dia, puede asegurarse que el medio más adaptado para enfrenar una pasion es dejarla sin esperanza, y que el condescender con ella, el permitirle contínuos desahogos, es incitarla más y más, es juguetear con el fuego al rededor del combustible, dejarle que prenda en él una y otra vez, con la vana confianza de que siempre será fácil apagar el incendio.

» Demos una rápida ojeada sobre las pasiones más violentas, y observemos cuál es su curso ordinario, segun el sistema que con ellas se practica. Ved al jugador, á ese hombre dominado por un desasosiego indefinible, que abriga al mismo tiempo una codicia insaciable y una prodigalidad sin límites; que ni se contenta con la más inmensa fortuna, ni vacila en aventurarla á un azar de un momento; que en medio del mayor infortunio sueña todavía en grandes tesoros; que corre afanoso y sediento en pos de un objeto que parece el oro, y que, sin embargo, no lo es, pues que su posesion no le satisface; ved á ese hombre cuyo corazon inquieto sólo puede vivir en medio de la incertidumbre, del riesgo, suspenso entre el temor y la esperanza, y que al parecer se complace en esa rápida sucesion de vivas sensaciones, que de contínuo le sacuden y atormentan : ¿cuál es el remedio para curarle de esa enfermedad, de esa fiebre devoradora? Aconsejadle un sistema de condescendencia, decidle que juegue, pero que se limite á cierta cantidad, á ciertas horas, á ciertos lugares, ¿qué lograréis? Nada, absolutamente nada. Si estos medios pudieran servir de algo, no habria jugador en el mundo que no se hubiese curado de su pasion, porque ninguno hay que no se haya fijado mil veces á sí mismo esos límites, que no se haya

dicho mil veces: «Jugarás no más que hasta tal hora, no más que en este ó aquel lugar, no más que sobre tal cantidad.» Con estos paliativos, con estas precauciones impotentes, ¿qué le sucede al desgraciado jugador? que se engaña miserablemente, que la pasion transige para cobrar fuerzas y asegurar mejor la victoria, que va ganando terreno, que va ensanchando el círculo prefijado, y que vuelve á los primeros excesos, si no á otros mayores. ¿Quereis curarle de raíz? Si algun remedio queda, será, no lo dudeis, abstenerse desde luégo completamente. Esto á primera vista será más doloroso, pero en la práctica será más fácil: desde que la pasion vea cerrada toda esperanza empieza á debilitarse, y al fin desaparecerá. No creo que ninguna persona experimentada tenga la menor duda sobre la exactitud de lo que acabo de decir, y que no convenga conmigo en que el mejor medio de ahogar esa formidable pasion es quitarle de una vez todo pábulo, dejarla sin esperanza.

»Vamos á otro ejemplo. Supongamos á un hombre señoreado por el amor; ¿creeis que para curarle será conveniente consentirle un desahogo, concediéndole ocasiones, bien que ménos frecuentes, de ver á la persona amada? ¿Paréceos si podrá serle saludable el permitirle la continuacion, vedándole empero la frecuencia? ¿Se apagará, se amortiguará siquiera, con esa precaucion la llama que arde en su pecho? Es cierto que no: la misma compresion de esta llama acarreará su aumento y multiplicará su fuerza, y como por otra parte se le va dando algun pábulo, si bien más escaso, y se le deja un respiradero por donde puede desahogarse, irá ensanchando cada dia ese respiradero, hasta que al fin alcance á desembarazarse del obstáculo que le resiste. Pero quitad á esa pasion la esperanza: empeñad al amante en un largo viaje, ó poned de por medio algunos impedimentos, que no dejen entrever como probable, ni siquiera posible, el logro del fin deseado; y entónces, salvas algunas rarísimas

excepciones, conseguiréis primero la distraccion, y en seguida el olvido. ¿No es esto lo que está enseñando á cada paso la experiencia? ¿No es éste el remedio que la misma necesidad sugiere todos los dias á los padres de familia? Las pasiones son como el fuego; se apaga si se le echa agua en abundancia; pero se enardece con más viveza, si el agua es poca é insuficiente.

»Pero elevemos nuestra consideracion, coloquémonos en un horizonte más vasto, y observemos las pasiones en un campo más extenso y en regiones de mayor altura. ¿Cuál es la causa de que en épocas tormentosas se exciten tantas y tan enérgicas pasiones? Es que todas conciben esperanzas de satisfacerse; es que volcadas las clases más elevadas, y destruidas las instituciones más antiguas y colosales, y reemplazadas por otras que ántes eran imperceptibles, todas las pasiones ven abierto el camino para medrar en medio de la confusion y de la borrasca. Ya no existen las barreras que ántes parecian insalvables, y cuya sola vista, ó no dejaba nacer la pasion, ó la ahogaba en su misma cuna; sólo se necesita valor y constancia para saltar intrépido por enmedio de los escombros y ruinas que se han amontonado con el derribo de todo lo antiguo.»

(*El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*)

(7) *Página* 51.

.....Que el alma recogida
En éxtasis interno,
Sin ostentoso culto
Al Padre puede orar;
Al Padre Santo Espíritu;
Sublime y sempiterno,
De quien el mundo es templo
Y el corazon altar.

El venerable P. Scio, obispo de Segovia, en cuyas notas á la

Biblia resplandecen la más sana crítica y la más profunda erudicion, hace el oportuno comentario que sigue acerca de la enseñanza que se desprende de las palabras de Cristo á la Samaritana:

«Ha llegado el tiempo en que el culto del verdadero Dios no estará ceñido á este ó al otro lugar ni á esta ó la otra nacion. Ha llegado el tiempo en que los verdaderos adoradores le darán un culto espiritual y verdadero por la fe, la esperanza y la caridad; culto muy diferente del que le dan ahora los judíos, que sólo consiste en ceremonias exteriores y figurativas.

»Jesucristo no *excluye* por eso todo culto exterior, nos enseña solamente que es inútil y que no puede honrar á Dios, *cuando no va fundado sobre el interior y del espíritu.*»

(8) *Página* 67.

¿Es á los ojos tuyos más culpable
La adúltera mujer que Magdalena?

La cuestion que aquí se indica ha sido tratada por Jovellanos con tanta valentía como elocuencia, en su célebre epístola á Arnesto, de la que copio los siguientes versos:

«Veo apagadas las nupciales teas...
..... ¿Quién ¡oh Témis!
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio;
Contra la débil huérfana, del hombre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seduccion y el tierno amor rendida,
La expilas, la deshonras, la condenas
Á incierta y pura reclusion, ¿y en tanto
Ves, indolente, en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo?»

(9) *Página* 70.

Y por tu mano inmaculada escrito
De fuego eterno con buril ardiente,
En su pálida frente
Lleve por todo nombre su delito.

Aparte de esta, las demás mujeres son conocidas en el Evangelio, ya por su nombre propio, como María, Magdalena, Salomé, etc.; ya por su patria, como la Samaritana, la Cananea; ya por el nombre de su familia, como la hija de Jairo.

(10) *Página* 73.

El hombre delinquió, nubló el pecado
La viva luz de la divina gracia,
Y el Rey universal de lo creado
Es el doliente Rey de la desgracia.

Nuestra religion enseña que el hombre ha nacido en el pecado. Séneca, Ciceron y otros sabios de la antigüedad indicaron que debia haber alguna causa divina de nuestros males y errores, y que nuestra existencia es una especie de castigo. Los hierofantas, al explicar á los iniciados los más recónditos misterios del templo de Eleusis, establecian la máxima de que los hombres han nacido expresamente para expiar en esta vida faltas cometidas en otra vida precedente.

Pascal manifiesta que la trasmision del pecado original es el más incomprensible de todos los misterios de nuestra religion, pero sin el que no podemos tener conocimiento alguno de nosotros mismos. Este misterio es inconcebible, añade, pero áun es más inconcebible el hombre sin este misterio.

(11) *Página* 76.

Á los cuidados del hogar atenta.

Marta estaba afanada de contínuo en las haciendas de la casa. (San Lúcas, cap. x.)

(12) *Página* 90.

Y es Berenice el nombre de la hermosa
De Palestina encanto.

La Verónica es una figura meramente tradicional, de la que no hablan los libros sagrados, y cuya existencia ha sido negada por varios críticos.

El nombre de Verónica está compuesto de una palabra griega y otra latina, que significan *verdadera imágen*, aludiendo al rostro de Cristo impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que es como constantemente la han presentado escultores y pintores.

Su verdadero nombre es el de Berenice.

Hojeda en su *Cristiada* refiere en las dos siguientes octavas la piedad de esta mujer:

«Y tú tambien entónces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria:
¡Oh pía osadamente! ¡oh tú felice,
Que en tanta pena lumbres de su gloria
Hurtaste al afligido Dios, oculto
En una estampa del humano vulto!
»Esta mujer en medio de la calle
Salió á mirar á Cristo lastimado,
Y viendo un hombre de tan lindo talle
Con tan graves tormentos fatigado,
El rostro con piedad llegó á limpialle,
Y en lienzo tan fiel quedó estampado,
Que hoy muestra Roma en él su orígen vivo
Y el pecho de la dueña compasivo.»

El papa Bonifacio VIII hizo llevar de la iglesia del Espíritu Santo á la de San Pedro un lienzo llamado *verónica*, sobre el que está trazada la imágen del Salvador del mundo.

FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE.

Páginas.

Prólogo de D. Gaspar Nuñez de Arce. v

María. Invocacion.—Pureza virginal.—*Ave María*.—Nacimiento de Jesus.—Amor materno.—Los Sabios de Oriente.—Heródes.—Huida á Egipto.—Cristo.—Su predicacion.—Sus milagros.—El lábaro del Gólgota.—*Stabat Mater*.—Las tres coronas.—Símbolo del dolor.—*La Asuncion*.—Plegaria. 3

Magdalena. Aspecto general de Judea.—Jerusalen.—Las Judías.—Magdalena.—Sus encantos.—Sus vicios.—Sermon en el monte de Betsaida.—Arrepentimiento de Magdalena.—Amor divino.—Grandes angustias.—Jesus en casa de un fariseo.—La pecadora á los piés de Cristo.—Perdon de Magdalena. 23

La Samaritana (escena única). 43

La Mujer adúltera. Ley de Moisés sobre el adulterio.—Consulta farisaica.—La primera piedra.—Jueces culpables.—*Vade et jam amplius nolli peccare*.—Dudas de un discípulo de Cristo, y respuesta del Divino Maestro.—El Redentor anuncia á Juan las obras que ha de escribir, y le previene lo que ha de decir de la mujer adúltera.—El delito por nombre. 59

Marta. La criatura-rey.—Marta.—Resurreccion de Lázaro. 73

Berenice (*la Verónica*). La Caridad.—Berenice.—Sentencia de Jesus.—Camino del Calvario.—Cae Cristo con la cruz á cuestas.—La mirada del Salvador.—Berenice acude en su auxilio.—Simon el Cyrineo.—El lienzo milagroso.—La Fe.—Diálogo entre Berenice y una de sus esclavas. 83

Notas. 105

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.